

morarse de una mujer que, para el resto del mundo, es insignificante y ni siquiera vistosa.

La felicidad es, para Sebastian, algo que se remeda pero que no se vive. Un psicoanalista buscaría la interdicción familiar que promueve este bloqueo o como se llame, a partir de la ausencia del padre, cuyo apellido es borrado por el uso del pseudónimo (en efecto, nuestro escritor se llamaba, en realidad, Iosef Hechter, aunque mejor sería decir que nuestro escritor se llama Mihail Sebastian y que Iosef Hechter es un ciudadano de Rumania del que no nos estamos ocupando).

Ampliando el punto de vista, prefiero ver en esta reticencia ante la dicha, una moral. De nuevo, proustiana o, si se prefiere, cristiana: lo productivo del dolor, que señala una carencia que exige hacer algo para colmarla. Por ejemplo, escribir los libros de Mihail Sebastian. Proust, en cualquier caso, lo acerca a sus propias vivencias. O lo contrario, que es lo mismo: lo ayuda a reconocerlas. Por ejemplo, en el amor que, para ambos, es la angustia de no poseer, cuyo síntoma privilegiado son los celos. El enamorado se reconoce tal como celoso. El ser amado es inabarcable y lo ronda el fantasma de la imposible ruptura. A veces, Sebastian se imagina Saint-Loup liado con Rachel, la antigua prostituta, o la versión de vía estrecha de Swann enamorado de Odette, la antigua cortesana. Ambas son mujeres que arrastran sedimentos incontables de pasados amores, los lesbianos en especial, porque siempre detrás de ellas hay terceros o terceras, quizás éstas más «viriles» que el propio amante masculino que sufre y goza ante este inmenso panorama abierto por la historia de su amada.

Marietta es Madame Verdurin. Tal diplomático, cuyo nombre no sabemos, es Monsieur de Norpois. Mogosoaia, donde le toca ser movilizado, es Doncières, la ciudad en la que Saint-Loup tiene su regimiento. Y esto es así porque, para Sebastian, como para Proust, la verdad de la vida es el arte. En consecuencia, el verdadero lector proustiano convive con Proust, no pasa de largo simplemente por su obra. Sebastian le dedica todos sus veranos. Hasta la lectura de Balzac, el novelista que Sebastian más admira, tiene claves proustianas, porque hoy leemos a Balzac después que a Proust. En concreto, Sebastian tradujo y editó una selección de la correspondencia de Proust en 1939 y el siempre anunciado y nunca escrito libro sobre Balzac, me permito imaginar que habría sido una lectura proustiana de Balzac.

Más enfática y obvia es la relación con «personajes reales» del mundo proustiano, los Bibesco. Antoine, el autor de teatro, noble titulado, rico, famoso, amigo de celebridades francesas, se muere de ganas, sin embargo, por verse representado en Bucarest, triunfar en el barrio. A su vez, se considera ajeno a Rumania, como un inglés entre negros, un cosmopolita civi-

lizado que explora un país bárbaro y pintoresco. Por si faltara otra similitud, he allí al argentino de la alta burguesía (la bien o mal llamada «oligarquía») que vive en París y recalca, de vez en cuando, en cuatro o cinco calles de Buenos Aires. Tampoco puedo evitar el recuerdo de los escritores argentinos que, por los mismos años que Sebastian, se aquerencian en Proust: Roberto Mariani (autor del primer libro en español sobre el tema), José Bianco, Manuel Mujica Lainez, Victoria Ocampo.

El retrato que Sebastian nos deja de Elisabeth, la mujer de Antoine, parece firmado por Proust. Es una señora fea y mal vestida, principesca y *chinée*, que cuenta sus encuentros con celebridades europeas, del rey de España hasta Léon Blum, con una gracia esnob que mueve al escritor a mandarle flores y versos de ocasión. La seducción del esnobismo, tan proustiana, una vez más, produce pleno efecto. En rigor, Sebastian ve el mundo de los Bibesco (Marthe incluida con sus deslavazados libros sobre su amigo Marcel) como el Narrador de la *Recherche* ve el mundo de los Guermantes: una comedia con aires de locura, observada desde la platea por un plebeyo inteligente, dicha en una jerga que pone en escena la inanidad de algo presto a desaparecer.

Yo algo sabía de Marthe Bibesco, por los mencionados libros y la admirable biografía que le dedicó Ghislain de Diesbach. Al visitar su palacio de Mogosoaia no pude evitar ponerme en la butaca de Proust utilizada por Sebastian, pero el resultado es que el desamueblado caserón me hizo pensar en el casco de una estancia argentina: arquitectura pastiche de evocación veneciana e interiores inmensos, encalados y de una sobriedad criolla, en los cuales, alguna vez, unos potentados ociosos, de apellidos vascos o bearneses, excusaban su aburrimiento jugando al *bridge* y conversando en francés, como aristócratas de la Europa oriental. Frente a la terraza, una solitaria laguna completó, en tiempos, el paisaje de confín veneciano solitario, Burano o Torcello. Ahora, la nueva burguesía poscomunista ha llenado una península con sus chalés horteras y bulliciosos, ahuyentando para siempre a los señoriales fantasmas de los Bibesco, los Lahovary y los Mavrocordato.

¿Cómo encaja Sebastian la reflexión proustiana tomada de aquellos versos de Alfred de Vigny que adjudican Gomorra a la mujer y Sodoma al varón? En cuanto a lo primero, ya hemos visto que ellas son Albertine, amiga de Andrée y de Mademoiselle Vinteuil. En cuanto a él, cabe subrayar ese sueño en que comparte una cama con su hermano y una bella vecina desnuda. Más interesante aún me parece el episodio de la muerte de Fabi (1941), un hermoso adolescente del que nos da algunos detalles físicos y ante el cual expresa el duelo de un verdadero enamorado. En efecto, sólo

quien ama y sigue amando para siempre –al revés de lo que le pasa con las mujeres– puede preguntarse ¿por qué lo dejé partir, por qué pude perderlo, por qué la omnipotencia de mi sentimiento, que lo ha inventado, no pudo retenerlo en la vida?

Como último rasgo proustiano de Sebastian anoto su relación con la música. Doy por sabida la importancia que la música tiene en la obra de Proust. En cualquier caso, no es este el lugar para tocar el tema. En este campo, como, en general, en todo lo estético, los gustos del rumano son clásicos. Bach encabeza, con notable ventaja, la lista de los preferidos. Y lo hace de modo permanente. No decae ni se altera la reverencia bachiana de Sebastian, cosa que no le ocurre con otros grandes nombres como Beethoven. A pesar de que fue cronista musical (en francés y en el periódico *L'Indépendance Roumaine*) no se lo ve enterado de musicología o historia de la música. Se va anoticiando de a poco en la materia, con ese trabajo un tanto aventurero que hemos conocido los aficionados anteriores a la aparición del microsurco. Ir a conciertos, pescar emisiones de radio, conseguir discos de raro repertorio, frágiles círculos de baquelita, a menudo para oír por única vez una obra.

Está claro que no le interesa la música de teatro, ni la ópera ni el ballet. Es curioso este desdén porque Sebastian escribió, tradujo y adaptó mucha literatura teatral. Pero lo mismo le ocurre con el cine. En su diario hay numerosas anotaciones al respecto, pero ningún comentario sobre las películas que ve, los actores o directores, etc.

Ahora corrijo lo de curioso. Es muy lógico que Sebastian tuviera tales preferencias. Como para Proust, la verdad de la vida está en el arte y el arte por excelencia es la música. Lo único que le ocurre de verdad es escuchar música, irse al tiempo fuerte de lo que permanece indestructible. Lo demás es tiempo que pasa de largo, el proustiano tiempo perdido. Tanto es así que intenta no abandonarse a la música, conservar la apolínea distancia y la curiosidad, como si estuviera leyendo un libro (en lengua extranjera, añadido por mi cuenta), para no desaparecer en el torrente del gozo y mantenerse en los predios del placer. Sólo registro una excepción: el llanto que le produce el violonchelo de Pau Casals, justamente porque no tiene nada de comunicativo ni de brillo virtuosístico.

Sebastian, como Proust, intentó rescatar –sin saberlo expresamente, me permito aseverar– lo sagrado de un mundo profanizado, horro de trascendencia y abandonado por los dioses, en una suerte de inconfesa religión del arte. La vida, de otra forma, es casualidad de estar en el mundo, vegetal espera sin esperanza, descomposición que no llega siquiera a ser patética, insensatez desprovista de energía y virilidad. La vida es mera aceptación,